

Felipe R.

LA  
MAESTRA  
DEL JABÓN

JLL  
Libros y Literatura

Primera edición.

La maestra del jabón.

© 2023, Felipe R.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Víctor J. Sanz.

© Fotografía portada: Manuel González Devesa

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón

Impreso en España.

ISBN: 978-84-126786-7-3

Depósito Legal: A 130-2023

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

A Pepe, mi hermano mayor, por rellenar cada página de mi vida.





## CAPÍTULO I

Sofía moría. De hecho, comenzó a morir aquella mañana de tormenta de verano hacía casi tres años, cuando entre los dedos se le escapó el cristal y entre los labios se le escapó el suspiro al escuchar un amargo secreto que la desesperó.

Sofía moría sin querer morir, sentada sobre el mimbre des-  
pellejado en el que también se marchó su abuela y después su madre, menos terca y más predispuesta tras llorar viva a su marido durante más de diez años. Siempre supo que se dejaría ir en aquella mecedora en la que las mujeres de su familia tenían la costumbre de hacerlo.

Como el invierno se les hacía largo, esperaban que arribara el verano, cuando más vida entraba y solían tener invitados. Y como tampoco ella tenía el ánimo de cambiar tan vieja costumbre, se sentó un día de junio dispuesta a no levantarse.

Una mañana en la que vio el mar tan enfadado que creía que le hablaba, y como ella nunca obedeció a los hombres, pensó que debía hacerlo con las cosas buenas que había hecho Dios. Al asomarse por la ventana lo supo al instante: las olas eran espuma furiosa que la miraban de frente insistiéndole en que nadie

más cogiera turno en aquel balancín de mimbre hasta que ella se hubiera ido.

Así estuvo tantos días y tantas noches que tuvieron que llamar a Dolores para que le cosiera otro cojín bien relleno. Pero como no le alcanzaban las plumas, mandó desplumar a cuantos patos y ocas vencían la orilla río arriba, con la poca excusa de que andarían más frescos, aunque los niños, al verlos, corrieran espantados. Cuando Sofía se encajó ese nuevo cojín, se sintió tan aliviada que volvió a esperar en la mecedora otras tres semanas más y requirió que, a partir de entonces, la mantuvieran bien limpia y perfumada, le palmearan las nalgas y le mejoraran los dolores que le subían por la columna.

Una noche, cuando las horas se acercaban a la madrugada, comenzó a notar unos ruidos en el vientre tan fuertes que pensó que le había llegado el momento y quiso dejarse llevar. Con los ojos tensos, alcanzó el rosario de su abuela y llamó convulsivamente a Dolores con la misma campanilla de plata gastada por los dedos de las anteriores difuntas, para que diese con su hija, porque era el momento de pasar el secreto familiar. Pero Dolores le recordó que aquel año el cerezo del patio se había puesto grande y frondoso y que los males de estómago los provocó haber abusado en la cena de sus cerezas gruesas y hermosas. Así fue como Sofía, cansada de esperar más de cuarenta días y cuarenta noches, se levantó de la mecedora más ágil que nunca y se metió en el dormitorio antes de que llegase su hija Julia.

Al verla, Dolores, que tenía un ojo desmayado, no atinó a caminar recta mucho trecho, y sus piernas fatigadas tampoco ayudaban. Por eso, no pudo alcanzarla antes de que cerrase la puerta de su cuarto. Se quedó frustrada y miró con el ojo despierto la mecedora con ganas de matarla en la chimenea con el primer frío. Ese mismo pensamiento ya le vino por primera vez

cuando contaba tan solo once años y comenzó a trabajar, con la pena metida en el cuerpo, para la familia de los Malatierra, sin siquiera haberse despedido de su padre, que no quería que su hija entrase como doncella en una casa burguesa de Sevilla tan lejos de su huerta muerta. Aquella misma huerta que le dejó sin alimento para sus cinco hijos. Con la terrible fatalidad de que unos acabaron embarcados y otros donados, como él repetía al cielo, al que suplicaba que lloviese y volvieran las semillas a la tierra.

Dolores conoció a Sofía Malatierra en el otoño de la sequía que dejó el Guadalquivir con las aguas flojas y turbias, a las mujeres sin poder bajar a la orilla a lavar sus cosas y a los niños sin poder disfrutar los planchazos desde el puente de Barcas, que, por la suerte de no tener mucha altura, solo dejaban leves moretones que se despejaban pronto de la piel. Ella misma, antes de alcanzar el metro de altura, los sábados rodeaba el barrio de Triana y se descalzaba antes de tocar la piedra mojada para bajar al río.

Como su madre le dijo que aún era pequeña para frotar, vendía pastillas falsas de jabón que le enseñó a hacer y que antes de entregar rebanaba por los lados con la prisa de moldear otra más. Un día la pillaron por las orejas flacas y sucias que tenía, y antes de que torciera algo más su vida, la pusieron a trabajar para los Malatierra; la familia que, desde hacía décadas, transportaba por el Guadalquivir los jabones Castilla de las reales almonas de Sevilla.

Dolores, al ver a Sofía convencida de que había llegado el momento de pasar el secreto familiar, corrió a obedecer el mandato de llamar a su hija, Julia Malatierra, quien, con dieciocho años, ya andaba con la cabeza más completa que su madre, y ordenó que subiera a su cuarto. Le quería decir algo que tenía pendiente y esperaba hacerlo en la hora de su traspíe al otro mundo.

Julia, junto a la cama de latón en tono bronce en la que tantas

veces había dormido horas de buen sueño, comenzó a tocar la sábana de hilo egipcio, como siempre hacía antes de dormirse, y a subir la esquina para oler la fragancia de ese jabón que solo se utilizaba para vestir las camas de Sevilla. Entonces, Sofía, que ya intuía que tampoco iba a ser ese el día, se la inventó bien gorda ante la súplica de su hija para que le contase ese secreto que había esperado con ansias durante cuarenta días y cuarenta noches.

—Mamá, me tienes muy mareada. Seguro que hoy no te toca, se te ve en la cara. Dios te quiere aquí conmigo; pero podías contármelo por si acaso.

—Acuérdate de lavarme. Yo ahora mismo no puedo. Con ese jabón, frótame, sobre todo, los brazos y el cuello —fue lo único que le contestó.

La joven Julia tenía razón. Ella también guardó cuarentena, al menos las primeras semanas, cuando su madre no paraba de repetirle: «Hija, ya verás, no llegaré a la hora de comer», y llegaba con un apetito impropio de quien va a morir de un momento a otro. Y al acabarse la manzanilla de corral que se le daba para ponerle orden en las tripas, Julia se dormía detrás, sin que su madre se diera cuenta, con el traqueteo de la mecedora, que parecía que le hubiesen dado cuerda incluso en las noches, cuando tampoco disminuía el ritmo. Solo al llegar el amanecer se iba de puntillas con el sueño a otra parte, después de asegurarse de que su madre ya tenía el ronroneo mañanero que anticipaba una nueva espera. Con los primeros calores, la colocaban a la sombra de un alcornoque que, después de varios siglos, aún aguantaba en pie, y así le recordaban que la vida no se abandona por un capricho agotador.

A Julia también le gustaba acercarse al árbol y darle con la piedra afilada a la gruesa corteza hasta que caía el corcho que ella misma convertía en un poderoso bergantín. Le colocaba una tela que hacía de vela y lo lanzaba por la acequia, que se lo

llevaba lejos, tan lejos como su único sueño, que era cruzar el mar que apenas veía. Soñaba con cruzar el océano con los jabones Castilla, los jabones de Triana que recorrían Europa y América perfumando medio mundo.

Así que Sofía, atenta a los ojos de su niña y con poca gana, le soltó un sermón de diez minutos que la mantuvo con los labios relinchando de aburrimiento y los dedos en un piano invisible. Le repetía, por enésima vez, la tradición centenaria de la familia, que se remontaba hasta, por lo menos, el año 1600, sin precisar mucho, por eso de que la memoria menguaba. Insistía en que fue cuando los reyes concedieron el monopolio del negocio del jabón a la casa ducal de Alcalá; negocio que, a su vez, don Enrique de Ribera arrendaba.

Sofía Malatierra aplastaba la lengua. Aseguraba que, aunque el apellido de su marido no pertenecía a una línea de sangre real, sí que existían aún parientes en común con los duques de Alcalá de los Gazules y marqueses de Tarifa. También, que la almona de Triana, la jabonería más importante de Europa, la tenía muy preocupada. Últimamente, los italianos tenían mejor gusto en eso de los aromas y controlaban cada día más el mercado. Y que todo aquello fue culpa de su padre, desde cuya muerte el negocio mermaba.

—Hija, no se le ocurrió mejor día a tu padre para irse que justo antes de cerrar un acuerdo con una nueva compañía americana. —Después de una pausa en la que le cambió el gesto, continuó—: Me lo has preguntado alguna vez, hija mía, y nunca he querido contártelo. Fue el piojo del vestido. Era tozudo como un peñasco y no quiso saber nada hasta el cuarto día, cuando ya tenía los escalofríos que le recorrían los huesos y una fiebre tan alta que le dejó los ojos rojos de conejo.

—Fue el tifus, mamá. Me enteré por Dolores. Y no me mires así, tenía derecho a saberlo.

—Me lo imaginaba... Lo que más lamento es no poder haberle dicho tantas cosas. Aunque de haber podido estar con él, tampoco habría sido posible. Se ve que los últimos días padecía una sordera nerviosa que lo dejó casi enloquecido.

Aunque esa era una verdad a medias. Benito Malatierra dejó de escuchar a los demás a la edad de los diecinueve, cuando conoció a su primer y último amor: Sofía. Fue en un verano tardío en el que las flores aún brillaban, los zancudos no se atrevían a salir y en las noches el aire corría frío. Ese día, al verla, entendió que solo le hacía falta tener ojos, así que después de escuchar a su madre decirle que no le convenía por ser mujer de peor familia, se tapó los oídos, se marchó de casa sin aguantar los sermones que ya no podía sentir y volvió a buscarla en las playas de Sanlúcar de Barrameda.

Aquello ocurrió en un atardecer rojizo de vientos caprichosos en el que habían invitado a los Malatierra al primer baile de verano de los duques de Montpensier, y que tendría lugar en el palacio de Orleans y Borbón. En aquel entonces, Benito era un chaval que no paraba de alargarse, de piernas flacas y brazos pecosos. Con el peso descompensado por tener más cabeza que cuerpo. Para la ocasión, vistió su primer frac, aunque renegó de ello: no daba para cubrirle todo el brazo, pero su madre lo remedió con dos bruscos estirones para igualar la manga. La chaqueta debía quedar entallada hasta la cintura, pero por ser algo raquítico lo cebaron a mediodía con carne de caza y bollos de tahona para hincharle el vientre. La camisa y el chaleco eran de su padre y, aunque insistía en que eran algo anticuados, los aceptó mientras le ajustaron el corbatín de color blanco de una forma que, al final, parecía que un caracol gigante andaba por el cuello.

Benito escuchaba las recomendaciones de su padre intercaladas en el relato de la buena fortuna de los Malatierra. Una estirpe

que supo dejar atrás la antigua maldición que los marcó durante generaciones con un apellido que se ganaron cuando el granizo solo caía en sus campos y en la tierra no germinaba nada. Por culpa de tanta desgracia, pasaron por la vergüenza de malvender su mala tierra. Lo hicieron un año en el que las gallinas tampoco picaban el pienso y los pocos puercos se escaparon después de ver al cuarto de los Malatierra maldecir, bastón en mano, mientras golpeaba en el trasero al macho más enorme.

Al finalizar la historia contada por sexta vez, su padre volvió a recordarle que la suerte se les echó encima cuando su tatarabuelo supo embobar a una rica, y así los Malatierra consiguieron el monopolio del transporte de los jabones Castilla a lo largo de la ribera del Guadalquivir.

—Ya lo sé, padre. Le aseguro que miraré bien. Ya me ha dicho madre que acudirán las jóvenes más guapas de Andalucía, de las mejores casas. Desde Despeñaperros y Córdoba, hasta Sevilla, Cádiz y Huelva.

—Así será, hijo. Ya estás en edad de relacionarte, y si además es con alguien que nos traiga algo más de fortuna, pues mucho mejor.

A las seis de la tarde, con un cielo descansado y el poco aire haciendo cabriolas, la entrada del palacio de Orleans y Borbón era una nube de polvo que tenían que calmar con gotas de agua. En medio de un trajín de carruajes adornados por rica pasamanería, tirados unos por cuatro y otros por seis caballos blancos y grises de largas colas; y en sus costados, sobre color carmesí, los elegantes escudos de armas trabajados en bronce, y los lacayos con libreas bordadas en oro y plata. El matrimonio Malatierra fue correctamente recibido en las escaleras forradas con telas gruesas de un color rojizo, entre besamanos y recortadas inclinaciones de cabeza. Mientras tanto, Benito se despistaba, a pesar del ojo

cargado de su madre, en un misterio de mujeres con trajes de sociedad que le embobaban la atención puesta en unos escotes que jamás había visto, en brazos al descubierto y en pieles perfumadas.

Benito se quedó fijo en una de aquellas mujeres. Una de ojos del color del ámbar, con una sonrisa que quería descubrir y una fragancia imposible que, desde el primer momento, se dijo que le pertenecía. Se encontraba de pie junto a otras jóvenes que esperaban obedientes, guardaban buen orden y no enseñaban nada más que las manos.

Sofía permanecía en una de las terrazas; desde allí contemplaba lo que había sido el antiguo convento de la Merced, que trocaron las manos de los mejores arquitectos en un palacio con fragmentos de muchas partes: a cada paso podía verse algo de Egipto, una imagen de Constantinopla, un recuerdo de Granada o de los jardines de Túnez.

—Me mira. No me quita el ojo de encima —dijo Sofía.

—No te conviene. Ese es un señorito, y de los de mejor posición. Guapo, como buen andaluz.

—Yo también, yo también soy una señorita y también soy guapa y andaluza —le contestó Sofía con el orgullo tan vivo que tenía.

—Andaluza sí —dijo—, y guapa también, pero señorita no. Mientras lleves ese delantal, eres una sirvienta, la criada de ellos, como yo —replicó Amelia algo molesta con la niña que se pensaba dueña de su destino.

Pero aquello duró un instante: los segundos que necesitó la madre de Benito para llevárselo a otra parte, lejos del servicio que esperaba plantado las órdenes del mayordomo mayor. Aunque antes de irse echó un vistazo sobón a esa muchacha que muy bien podía ser la más hermosa de la fiesta si no fuese porque llevaba un atuendo de doncella. Se marchó a otra parte del salón

tan preocupada por su hijo que cogió a la primera joven dama que sabía que esperaba un baile que no le llegaba y la reunió con Benito sin apartarse un metro de él.

Así estuvo toda la tarde y parte de la noche: entrometida en sus primeros amores hasta que sonrió cuando una de alcornia y bonita le merodeó. Los aparejados, después de una charla que se hizo muy larga, salieron a los jardines del palacio ducal a tomar un poco de aire fresco que les hacía falta. Allí, entre palmeras dátileras, naranjos enanos y laurel de la India, se sentaron abrazados por una hiedra vacilante y un agapanto africano que se disponía a desplegar sus macizos de flor violeta.

En ese momento, Sofía también salió a embriagarse de cien perfumes que soñaba con atrapar, pues ella no tenía ninguno, ya que todos se desvanecían cada vez que volvía a su mente aquel maldito pozo. No sabía cuánto tiempo más podría soportar el condenado olor que desprendía su cuerpo.

—Ya estás otra vez —se apresuró a recordarle Amelia.

—Déjame, deja que por una vez viva de ilusiones. ¿Te imaginas?, ¿y si aquella fuera yo? —Sofía suspiró.

—Sueña, sigue soñando, doncella de negro y sin reales. — Amelia se rio.

Ese año, un total de diez sirvientas, algunas contratadas para la fiesta, estrenaban un vestido negro traído de Inglaterra, tratado con un tinte de madera de pino y sulfato ferroso que brillaba a cien pasos, y un delantal fino y blanco. Todas salvo Sofía, que exigió, y se le concedió, combinar el vestido con una banda *katyusha* de color blanco con chorreras. Era la sirvienta más demandada en los eventos, fiestas y fandangos de la clase alta. De las pocas que podía atender y conversar con la aristocracia inglesa. Para algunos señoritos, un antojo tenerla a su servicio, y ella, a cambio, recibía alguna buena propina con la que se podía permitir

ahorrar y hasta algún capricho de cuando en cuando. Siempre atenta a las manos largas, no permitió nunca que la rondaran.

—Eso no cambia lo que somos. Necesitarías cien años sirviendo para ahorrar y cambiar tu vida —le dijo Amelia un día de desánimos continuos, que solían aparecer los jueves por la tarde cuando tenían libre.

—Bueno, pero al menos viviré en una lujosa pobreza —contestó Sofía.

Amelia, que se tenía por la segunda más bonita, solo de vez en cuando la picaba más de la cuenta sin acertar ni una sola vez. Nunca consiguió arrebatarle la sonrisa. En el fondo la adoraba. Adoraba su rebelión, y algo detrás: esa densa belleza. Y cómo no, también su generosidad en forma de propinas que dividía con ella por las noches en la playa a la luz de una luna que dejaba el Guadalquivir con las mareas bajas y los cangrejos quejosos al picotear el fango y tratar de esconder los lomos.

Las dos, con o sin luna, solían bajar siempre al mismo corral de pesca donde les gustaba ver cómo dos hermanos se arremangaban los pantalones y liberaban las camisas para recoger el pescado enloquecido que se quedaba dentro de un muro de piedras contorneadas cuando las aguas se retiraban. Los hermanos conocían a Amelia por pertenecer también a la desembocadura del Guadalquivir en la que nació. Donde las madres repudiadas o desarrapadas iban a parir solas con la bajamar y, así, que cayera lo que fuese en el fango del estuario. Aunque solía pasar, por esas cosas de parir en la orilla del mar, que uno de cada tres de esos niños, al crecer, guardaba los ojos de pez, y la piel en invierno se les escamaba, y aguantaban así hasta que volvían a probar las aguas el verano siguiente.

Las viejas gitanas que contaban antiguas historias también bajaban a la orilla en las noches secas en busca de los bebés

perdidos, los no queridos. A las criaturas se las oía chapotear en el barro protegidas por los cangrejos de ojos de bola que se quedaban cerca, e intentaban aplacar el llanto con la música de sus pinzas, en un concierto loco de castañuelas. Amelia fue una de esas niñas que, al nacer, pasó sola las primeras horas hasta que llegó el amanecer y sobrevivió a la pleamar. Justo antes de que volvieran las aguas y la arrastrasen hasta el alto fango decenas de esos peludos de patas flacas; o eso es lo que le dijo la más anciana de las gitanas. Una gitana que la vio antes de flotar y antes de que las aguas se la llevaran río arriba y se perdiera para siempre en las marismas del Guadalquivir.

Sofía la conoció un mal día en el gran palacio de los duques de Medina Sidonia. La mañana en que la duquesa presentaba a su hija a la alta sociedad y los varones en edad de enlace se contaban por decenas. Sofía quiso ver más de cerca a otra sirvienta que tenía los ojos de pez y la piel escaldada. Fue en el salón de los Mármoles, donde se ofrecía un almuerzo de gala.

—Primero es esta, la copa de jerez; después la del vino de burdeos; y estas dos, la del agua y la del champán son las últimas —le susurró Sofía ante la mirada atenta de la camarera mayor.

—Gracias por ayudarme —le contestó Amelia—. Ya me han llamado dos veces la atención, dicen que a la tercera me tendré que ir. Necesito el trabajo...

—Fíjate en cómo lo hago. Yo montaré la próxima mesa —aseguró Sofía.

Entre las dos, con mayor atención de Amelia, colocaron primero la sobremesa y después hasta tres manteles, uno encima del otro, para que quedara el lavamanos más abajo. Una vez que acabaron, procuraron con la palma de la mano, que no debía llevar mucho callo, eliminar los pliegues y pequeñas deformidades. Después, el salero, el pimentero y, al otro lado, el azucarero. Luego

tocaba el turno a los servicios, que cogieron con cuidado de la alacena. Se colocaron las dos en la cabecera de la mesa y, bajando por el lado derecho, dejaron bien puesta la vajilla francesa de porcelana. Se embobaron en la empuñadura de los cubiertos de plata y sus finas líneas, que recorrían los contornos con relieves de hojas y volutas. Con la mesa puesta y perfecta, se retiraron para dejar paso a los catorce pajes del duque, de librea negra y cueras blancas que, en un orden perfecto, seguían al maestra-sala, que conversaba con el mayordomo. A los pocos minutos ya estaban sentados los comensales; entonces sus ojos se fijaron en los vestidos de largo, en la pedrería y en los peinados.

—Daría diez años de mi vida por oler un día como ellas — aseguró Sofía.

—Eso puede tener hoy solución —le contestó Amelia.

Entonces comenzó el desfile de manjares y viandas. Primero, las perdices bien salpimentadas entre las alas y las patas; después, los conejos rellenos de ajos y también pechugas de pichón, y, por último, un cocido pobre por los calores que dejaron reposar un día entero.

—Mira esa: come a dos carrillos. Ya verás qué pronto le dicen algo —comentó Sofía, que ya no encontró a Amelia. Había desaparecido de su lado.

Con la llegada del postre: café aromatizado con canela en rama y cortezas de limón acompañado por unos bartolillos traídos de la capital, se escuchó un murmullo en el exterior que no se podía sujetar y que reunió a parte del servicio. Allí, en la puerta del palacio, la camarera mayor señalaba a Amelia. La había sorprendido en la planta superior, en uno de los baños reservados para los invitados. Quiso la mala suerte que una joven de voz aguda dijera que había perdido un brazaletes hecho de oro y de cabello negro trenzado de su difunta madre. Lo denunció entre

sollozos que obligaron a cachear a Amelia detenidamente: no le encontraron nada.

Esa tarde, Sofía y Amelia, fatigadas y ya libres, caminaron hasta la punta del río donde el agua bajaba dulce y, en un remanso escondido, se bañaron desnudas. Al comenzar Sofía a frotarse la piel con unas espigas machacadas de lavanda que siempre guardaba en un estuche de cuero, Amelia le entregó una pastilla de jabón. La primera de verdad que sujetaba Sofía entre sus manos. Se la pasó hasta seis veces y, por fin, sintió por unos instantes que le desaparecía el olor a tocino que traía tan de cabeza a Sofía.

—Gracias, Amelia, gracias —balbució Sofía; aunque en la sonrisa que le dedicó se escondía una pregunta.

—Solo cogí la pastilla de jabón, la cogí para ti. Te doy mi palabra. No sé nada del broche de oro... —confesó Amelia.





## CAPÍTULO II

Sofía y Amelia, una mañana de palacios vacíos bajaron a un nuevo corral de pesca que tenían que levantar los hermanos en las costas del Atlántico, más cerca de Chipiona. En el grupo había varios hombres mayores de espaldas encogidas que, antes de ir, solían dejar sus barcas de pesca bien ancladas, fondeadas donde la vista les alcanzaba. Como olían el mejor pescado que traían las mareas, eran ellos los que elegían el punto en el que se colocaba el corral para que fuera paso seguro de las piezas más grandes. Por eso les pagaban más, por eso y también por ser los más rápidos en encontrar la piedra ostionera, y los más hábiles para que cementara el muro de lajas y rocas con arena y algas; que debía ser una tercera parte alga azul, otra, alga parda y, el resto, alga dorada.

Unas horas después, uno de los hermanos, el que andaba con la cara de bobo y se reía con las muelas de arriba, se sentó junto a ellas. El menos afortunado de los Romero estaba loquito por Amelia y sus ojos de lubina. Su lengua era tan veloz y el timbre de la voz tan cálido que la conquistó con versos marineros y canciones melancólicas sobre las desgracias de los monzones. Ella, la que nació en el río, se arrimaba al pecho y, con sobrada ternura,

le quitaba con la boca los granos de sal que se enzarzaban en el vello y con los pequeños dedos le acariciaba los brazos cansados de recuperar las redes del mar llenas de las boquitas menudas de los salmonetes. Y, cuando se lo permitía, intentaba curarle las cicatrices que dejaban los anzuelos. Mientras hacía eso, el muchacho la miraba con el amor que solo sabían acumular los pescadores, los que zarpaban una fría madrugada y volvían en la siguiente estación, cuando las garzas imperiales y las gaviotas reidoras alegraban el cielo con su vuelo.

—Me tengo que ir —anunció el pescador—. Ha llegado nuestro capataz —remató mientras se levantaba al ver una silueta bien vestida que se acercaba por la arena de la playa.

—¿Quién es? —preguntó Amelia.

—No lo conoces. Es de una buena familia. Son prácticamente los dueños de todo lo que sube y baja por el río. Algo tienen que ver con la famosa jabonería sevillana. Dicen que sus jabones huelen mejor que las rosas.

Cuando Amelia se lo contó, las pupilas de Sofía se dilataron. Preguntó inmediatamente el nombre de esa persona que la podía bañar de por vida en un perfume infinito.

—Don Benito Malatierra —respondió el chico.

Sofía, al acercarse aquel hombre y comprobar que el maldito olor seguía impregnando su cuerpo, más rápida que nunca, buscó la pastilla de jabón en su bolso monedero. Con la mala suerte de que la encontró arrugada y derretida por los fuertes calores de ese día. Benito la vio pasar tan deprisa que solo le dio tiempo a suspirar una vez más.

Tardó casi tres horas en alcanzar su casa. Una casa que la familia compartía con su tío, quien perdió la suya poco a poco hundida en las arenas del río. Bajo un techo de madera quemada y cañizo podrido que daba problemas cada vez que llovía. Por eso

se veían obligados a cambiar la mesa de lugar y a comer apretados tan cerca de la lumbre que los más pequeños acababan colorados.

Sofía llegó con la alegría borrada, con el barro por los tobillos y con el hipo tonto tan cogido a la garganta que, cada vez que lo soltaba, le temblaba el cuerpo entero. Tardó más de la cuenta al toparse en el pueblo con un viejo francés que decía haber guereado para el mariscal Víctor en el asedio a Cádiz. Un soldado enemigo olvidado por los suyos cuando huyeron por pies de España, abandonado por tullido y ciego y perdonado por un pueblo de pescadores. La invitó a un trago de absenta en una posada para gente de mala cabeza. Sofía, que hasta ese momento había huido de los hombres, aceptó entrar en semejante tugurio cuando el viejo le dijo que le dejaría el aliento a clorofila y anís. Luego, fueron dos tragos largos de una botella prohibida que guardaba en la alforja. Aguantó más que el francés, hasta el quinto sorbo del licor verdoso; pero aquello tampoco redujo su mal olor.

Justo después, con las primeras alucinaciones, del piso superior bajó una pareja de bien amados, y el hombre con la sonrisa de un niño se acercó a Sofía al confundirla con una recién llegada. Tanto se aproximó que se tiró encima de ella de modo que quedaron abrazados por un breve instante. Y en el acto, Sofía notó que se evaporaban los fluidos apestosos pegados a su piel. Abochornada por no apartar enseguida al hombre con ganas de más, se despidió del francés.

—Disculpa, muchacha. —Sofía hizo un mohín—. Venga, quédate un poco más con este anciano y, a cambio, te daré media botella.

—Yo no obedezco a ningún hombre —le contestó Sofía antes de marcharse.

Fue su madre la que escuchó un paso torcido. Salió enseguida al camino de piedra y arena a reclamar voz baja para evitar que

su padre la viera y la persiguiera con un vergajo por encima de un picacho que siempre subía Sofía. No había mejor manera de agotarlo antes de sentirlo en sus nalgas. Ella lo soportó bien hasta el día en que se enteró de que era una picha de toro, y esa vez tuvo más arcadas que dolor. A la cuarta ocasión, su padre desistió de alcanzarla ladera arriba y le cambió el castigo. Compró un gorrino enano que encerraba con ella en el cobertizo por la noche para así mejorar la tortura.

—Hija, llegas tarde y encima descompuesta.

—Lo siento, mamá. Estaba con Amelia, hablábamos de perfumes.

—Ya estás con esas tonterías.

—Qué culpa tengo yo. No son tonterías y lo sabes muy bien. Si no me hubieras dejado sola aquel día en el río, quizás...

—Tienes que quitarte tanta manía absurda. Además, para eso te compré veinte pastillas de jabón que esa chiquilla me vendió.

—¿Dolores?, ¿te refieres a la niña de Triana? Ya te lo dije, mamá, esas pastillas de jabón son falsas. Lo único que me producen son picores y peor olor... Y, encima, la única buena que me han regalado se la ha llevado el mar.

Dos semanas más tarde, el verano se marchó sin despedirse y en su huida se olvidó de llevarse la luz de sus amaneceres, el tamborileo de las cigarras y las atolondradas tormentas. Un mediodía de nubes torpes que venían y se iban, Sofía debía acudir a servir un almuerzo y lo tenía que hacer sola. Le dijeron que sería un servicio sencillo para dos personas que estaban a punto de caer en el amor. Un poco antes de las doce llegó a una casa burguesa en la cuesta de Belén. Mientras esperaba a que la recibieran, se detuvo a mirar los frescos en la bóveda: un toro de cuello enorme y cuerpo pequeño que le recordó al gorrino enano de su padre en actitud de embestir a un banderillero que quería colocar cuatro

pinchos a cuerpo limpio con un quiebro de frente. Al fondo a la izquierda, entreveía un patio elegante de los que le gustarían a su madre para pasar las tardes en el balancín de mimbre. Tenía el patio arcos de medio punto sobre cuatro columnas de mármol de Carrara labradas en Génova que tocó con los dedos.

A los pocos minutos la invitaron a subir por una escalera imperial de doble tramo. Aunque traía su propio delantal y los zapatos limpios, le mostraron otra ropa y otros zapatos que debía ponerse ese día. Su vida giró. Pidió por favor que la dejaran mirarse en un espejo. Pronto se encontró ante uno tan largo como ella, de un cristal veneciano y biselado con los bordes tallados con flores y cerrado por una madera estucada de color dorado.

Primero le enseñaron un vestido *chemise* que explicaba demasiado la dulce línea de su cuerpo y las curvas del torso; por lo que eligió el segundo, que era menos expuesto. Se trataba de un vestido de muselina blanca bordado en seda con un cordoncillo dorado. Encima llevaría un jubón, con el que no se aclaraba cómo iba, en sarga de seda de un azul claro. Aunque se sentía muy extraña y no muy cómoda con ese vestido, le dijeron que por ponérselo le pagarían el doble; y como ella era mujer que no permitiría dejarse tocar, no tuvo ningún problema. Le comía la curiosidad. Al acabar de vestirse se quedó algo más tranquila. La tela que la envolvía olía a rosas blancas y tapaba muy bien su tufo.

Sofía, en aquella casa en la que tenía que servir a un desconocido, miraba la mesa bien puesta. Ponía atención en un plato con una carne que no soportaba, y solo corrigió la postura de una cuchara de cabeza muy grande mientras contemplaba los cuadros barrocos con rostros tristes que decoraban el salón. A los pocos minutos, oyó unos pasos detrás que le parecieron rápidos y una voz masculina le susurró cerca del cuello.

—Dos veces nos hemos visto y las dos veces se me ha escapado...

Era la voz tensada de Benito Malatierra. Efectivamente, la segunda vez que se le escapó fue un día que mandó que la siguieran al verla correr por la orilla. Un día en el que tenía que revisar un nuevo corral de pesca que la desamortización liberó de las manos muertas de la Iglesia para caer en sus manos vivas y más diestras en los asuntos del comercio. Era un buen negocio que su padre le confió. Quería que aprendiera a ganarse los reales y se mojara el trasero en el trabajo duro de los pescadores.

—Disculpe mi atrevimiento, pero desde la primera vez que pasé a su lado he querido decirle que... posee una fragancia especial que me tiene esclavo.

—No crea que es para tanto. Si usted supiera... —le contestó.

Sofía dudó unos segundos por el tamaño de tal halago. Sabía de hombres que se quedaban ciegos por amor y pensó que quizás ese amor afectó al olfato de Benito, pues soltó un halago que para ella era como un milagro tantas veces soñado. Un milagro que imaginaba las noches que bajaba al mar y contaba las estrellas mientras se hacía la muerta sobre el agua. Un mar que nunca quiso mecerla hasta que no le cantara con los ojos bien abiertos y mirara las profundidades. Un milagro soñado que no quería olvidar, el de un hombre con el olfato cambiado por el amor y al que no le importara quererla con los ojos y el tacto de los dedos.

—Créame, señorita, que yo entiendo un poco de aromas femeninos —añadió Benito—. Me paso media vida entre jabones para mujeres.

—Me encantan los jabones —se limitó a contestar Sofía azorada.

Su amor se estrenó un mediodía con la lluvia recién acabada y el paso de los carruajes complicado. Los cocheros frenaban para que el barro no salpicase la blancura de las damas, y algunos preferían apearse cuando una de las ruedas se quedaba atrapada

en un hoyo de fango espeso. Menos el de Sofía, que, sentada con Benito, cogió un atajo más seguro y, de esa manera, antes de que los diez purasangres cabalgaran por la arena mojada, pudo llegar a tiempo a la carrera de caballos de la Real Sociedad de Sanlúcar de Barrameda.

En realidad, hacía dos días que Sofía se preparaba para la cita.

El primero lo pasó con los jabones que le recordaban a él. Los ordenaba y olía la fragancia. Diez le regaló de golpe Benito Malatierra en un estuche de madera noble con los bordes dorados, y que iban colocados por colores y aromas, en azul, rosa y blanco.

Aunque no bastó con el jabón. La cremosa pastilla se la pasó de cien maneras. Derretida en un hornillo que le cambió el color. Machacada en un mortero y luego espolvoreada sobre la piel mientras se mantenía quieta durante horas. Lo intentó rallándola en pequeñas láminas que con el sudor se quedaban pegadas. Se frotaba una tras otra hasta que los sarpullidos la sofocaron. Era cierto que todo aquello la mantenía aliviada de las secreciones a puerco; pero necesitaba combinarlo con la sensación que sintió. Así que, con la primera oscuridad, se marchó al pueblo. Necesitaba saber que era cierto.

Esa noche, las cinco habitaciones de la fonda de las locuras tenían cada una de ellas una cola de al menos tres desesperados. Había fondeado en el puerto un barco de marineros con el vicio acumulado. Llevaban los pobres seis meses sin pisar tierra. Sofía esperó pacientemente a que el último de ellos se diera el normal atracón carnal y, tras quedar la habitación vacía, con prendas sueltas que la ocultaban, pasó entre borrachos y fulanas rechonchas y subió las escaleras hasta meterse en la primera habitación. Allí, nerviosa por no ser pillada, sostuvo primero entre las manos la parte más usada de la sábana. La más húmeda. Algo aliviada al notar cómo se descomponía su olor a tocino, se envolvió en ella

y se dejó caer sobre la cama, agarró la almohada entre las piernas y como loca descosida se puso a absorber los restos de las tres faenas bien acabadas por una experta prostituta.

Solo pudo disfrutar unos segundos por culpa del alboroto que se montó en la escalera. Un marinero que quería repetir por cuarta vez la pilló. Tuvo que salir a la carrera y perderse en la oscuridad de las calles.

El segundo día se lo pasó arreglada y quiso esa noche dormir de pie por no arrugar el vestido que estrenaba, comprado con la venta del gorrino enano que su padre cedió, aliviado por la esperanza de no tener que castigar más a su hija si encontraba un hombre dispuesto. El padre andaba también aliviado porque después del baño de horas notó a Sofía más alegre que nunca; le había cogido la risa tonta cada vez que se olía la piel. Volvió la fragancia de leche perfumada y la tersura de la piel se tornó tan fina como cuando nació.

La noche se la pasó vestida de seda y paseaba como lo hacía en su castillo doña Leonor de Mendoza. Decían las lenguas más viejas que la señora del segundo duque de Medina Sidonia se paseaba muerta por su castillo y que le gustaba asustar a los incautos. Los mismos que se dejaban sorprender por la dama blanca que tenía la costumbre de demorarse, sin que supieran por qué, por eso de que los fantasmas no daban explicaciones, y justo antes del primer grito gallinero, las cortinas de damasco se ponían a bailar y los candelabros agotados a centellear. Así que su madre la amenazó con atarla a la cama si no dejaba de incordiar con ese andar jaranero y continuo canturreo. Eran ya cerca de las cuatro de la madrugada cuando su padre se levantó por los calores sofocantes a fumar la pipa de caolín. Se la había regalado un mercader inglés que pasó por tierras andaluzas como comerciante de ultramarinos.

Al salir al jardín a volcar el tabaco quemado de la cazoleta, vio a su hija arrebatada. Permitía que los jazmines la olieran, y no se aguantó al creerla tan alocada.

—Hija, por favor, vete a dormir. Llevas mucha noche despierta.

—No, papá. Déjame un poco más...

—Lo que tú digas. Pero ya sabes que a partir de mañana tendrás que obedecer a un hombre...

Sofía se arrimó a su padre, que encendió la pipa de barro y, con una tos que asustaba, comenzó a consumir la hoja de tabaco que asomaba encendida. Le recordó cómo conoció a su madre hacía casi veinte años, cuando era el mejor aguador de Andalucía y la mula podía llevar en el lomo hasta cinco recipientes de barro con la mejor agua helada que recogía en un pozo secreto. Al asomarse la tarde, recorría las calles al grito de «Agua fresquita del pozo dulce». Uno de esos días, justo a mitad de una de las cuestas que tenía que andar si quería llegar al barrio Alto, la mula se descalabró de tal manera que la lengua le quedó al aire, las patas delanteras se doblaron como cañas finas, y las tinajas de agua rodaron cuesta abajo. Su madre, que era muy joven y solía salir a la ventana a escuchar la voz fresca de las tardes de un chico de ojos como el ámbar, la tenía nerviosa. Tan nerviosa que, al verlo relinchar junto a la mula, corrió a por las tinajas que una tras otra estallaba al golpear el sobresaliente de la piedra. Al intentar que una no reventara, se colocó debajo, pero rompió y soltó encima enormes chorros de agua que la dejaron tiritando. A su padre le gustaba contarle y volver a sentir cómo aquella tarde se atrevió a abrazarla y ella no se movió, solo le susurró: «Ya bebí suficiente agua fresquita del pozo dulce». A partir de entonces se marcharon a vivir los dos al pozo secreto hasta que una buena madrugada se secó por completo y dentro floreció un olivo gigante.

Su padre, con la última calada breve de pipa, le dijo que con Benito debía ser una buena mujer y no contrariarle, pues sentía un pesar que le encogía. Así que, antes de que quedase doblado del todo y herido por dentro por tener una hija desobediente, volvió a insinuarle que la voluntad de Dios había sido conceder la última palabra al hombre y que eso no era tan malo cuando se trataba de proteger a la mujer de las mortificaciones del trabajo.

—Pero, papá, esta vez tampoco voy a obedecer a un hombre, voy a obedecer a mi corazón.